

# Las batallas pírricas

BEATRIZ PAREDES

Uno de los más graves problemas en las sociedades es que se vayan dando confrontaciones que acaban por escindir las, y que imposibilitan que la energía social se canalice positivamente para enfrentar las carencias que a todos afectan y emprender acciones que generan mejores condiciones para quienes las integran. Varios de los debates en los que ha estado enfrascada la élite mexicana son de esa naturaleza y el deterioro que han provocado y pueden acrecentar, amerita una reconsideración.

Uno de ellos es el relativo al papel de los gobernadores en la nueva realidad política, y a la consecuente y simplista conclusión de que para evitar los excesos de los gobernadores —sean supuestos o reales— es necesario reavivar el centralismo y la excesiva intromisión del Presidente en los estados. Es tan rudimentaria la equivocada interpretación, que se asimila la figura “gobernador”, con la figura “entidad federativa”, y se llega al exceso retórico de decir que a los gobernadores se les da mucho dinero, cuando los recursos que se envían, se entregan a las entidades federativas, a los estados, que son una jurisdicción política con territorio, población y personalidad jurídica propia, representada por un poder público, cuyo titular es un gobernador y, para ser más precisa, los recursos que la Federación transfiere a las entidades federativas, a través de los gobernadores, no son “propiedad” de la Federación, sino que en un amplio porcentaje son recaudados en los propios estados, remitidos a las autoridades federales para que los redistribuyan con criterios de equidad y visión republicana.

De allí que sea tan grave la confusión discursiva que pretende culpar a los gobernadores de todos los males y, en un revanchismo infantil, retrasar y complicar la entrega de las participaciones federa-

les —que no son de la Federación sino de la nación— perjudicando más que a los gobiernos estatales, a las personas que viven en ellos. La Federación, en ese sentido, es un concepto abstracto.

Las insistentes recriminaciones entre órdenes de gobierno coadyuvan a enrarecer, aún más, un entorno que, de la confrontación reiterada en tantos temas, puede pasar a la escisión, lo que sería muy grave para el país.

Los problemas son más profundos y requieren un análisis desde diversas aristas, sin verlos superficialmente, ni sólo de la perspectiva de la supuesta e innecesaria disputa entre espacios de poder de gobiernos estatales, gobierno federal, y filiações partidistas de funcionarios estatales y federales.

Los excesos impunes en cualquier orden de gobierno, federal, estatal o municipal, en un país con una tradición de ejecutivos fuertes, tienen que ver con la subordinación de los otros poderes, Legislativo y Judicial; con la omisión silenciosa de algunos protagonistas, independientemente de su origen partidista; con la ausencia de una ciudadanía energética e informada, que exija, en todos los niveles del gobierno, respeto pleno a sus derechos y absoluta transparencia en el manejo de los recursos públicos. La solución no se da sólo con instrumentos normativos y medidas restrictivas, en un afán fiscalizador saludable y necesario (que no llegue al extremo de paralizar la operación institucional), por encima de ello, el país requiere de evolución demo-

crática generalizada, basada en una ética pública indispensable, que se proyecte en todos los rangos, niveles y espacios donde actúa la denominada “sociedad política”. Desde luego, mucho menos es solución una regresión centralista y un permanente jaloneo entre distintos órdenes de gobierno, que acaban por debilitar y desprestigiar al poder público en general. Lo institucional y democrático, es que la Federación cumpla con sus obligaciones con estados y municipios, y que haya una coordinación y espíritu de colaboración entre los tres órdenes de gobierno. Ello, en un marco de honradez de todos los involucrados.

correo@beatrizparedes.org  
Presidenta nacional del PRI

